



LOS ÚLTIMOS DÍAS DE
HITLER

HUGH TREVOR-ROPER

CRÍTICA

HUGH TREVOR-ROPER

LOS ÚLTIMOS DÍAS
DE HITLER

Traducción castellana de
Eduardo de Guzmán y Susana Pellicer

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: noviembre de 2000
Primera edición en Editorial Crítica: octubre de 2020

Los últimos días de Hitler
Hugh Trevor-Roper

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *The Last Days of Hitler*

© Hugh Trevor-Roper, 1971, 1978, 1987, 1995

© de la traducción, Eduardo de Guzmán y Susana Pellicer, 2000

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-233-2
Depósito legal: B. 9.812-2020
2020. Impreso y encuadernado en España por Limpergraf.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

Prólogo a la séptima edición	7
Introducción a la tercera edición (1956)	17
1. Hitler y su corte	59
2. Hitler y la derrota.	101
3. La corte y la derrota	133
4. Crisis y decisión	165
5. El asedio del búnker.	201
6. «Et tu Brute»	221
7. La muerte de Hitler	251
Epílogo.	287
Notas sobre las fuentes de información.	301
Índice onomástico.	307

1

Hitler y su corte

Ahora que el Nuevo Orden ha pasado a la historia y el Reich milenario se ha hundido en una década, somos capaces, al fin, escarbando entre las ruinas humeantes, de descubrir la verdad acerca de aquel episodio fantástico y trágico. Es un estudio que tiene tanto de interesante como de aleccionador, porque no solo descubrimos la verdad de los hechos, sino la extensión de nuestros errores. Si hemos de comprender el extraordinario relato de los últimos días de Hitler y valorar la verdadera naturaleza de los políticos nazis, resulta esencial que señalemos primero todos aquellos errores. Debemos reconocer que Hitler era algo más que un simple peón movido por determinadas fuerzas; que el Estado nazi no era (cualquiera que sea la significación que demos a la palabra) un Estado totalitario y que sus jefes políticos no eran un gobierno, sino una corte; una corte tan descuidada de sus deberes de gobernar y tan incalculable en su capacidad para la intriga como cualquier sultanato oriental.¹ Además, hemos de conocer la verdadera significación política de la doctrina nazi, hasta qué punto conservó su pureza, y la influencia que tuvo en los acontecimientos de

1. El consejo de ministros del Reich, si bien existió en teoría, no tuvo ninguna trascendencia real y nunca se reunió. Lammers, la lumbrera constitucional nazi, declaró en Núremberg que en una ocasión intentó reunir de modo informal a los miembros del consejo, para tomar unas cervezas; pero Hitler prohibió un experimento a su parecer tan peligroso.

los últimos días; y también, la naturaleza de la lucha de Hitler con el estado mayor del ejército, el único grupo disidente que no pudo ni disolver ni eliminar y que, en determinado momento, pudo haberlo eliminado a él. A menos que tales realidades políticas y relaciones sean comprendidas certeramente, los acontecimientos de abril de 1945 resultarán incomprensibles, y la tarea de acumular y ordenar la complicada masa de pruebas y documentos habrá resultado, en cierto sentido, estéril; porque mientras resolvemos un misterio de hecho, tropezaremos con un misterio todavía mayor de interpretación.

Algunas de las afirmaciones precedentes pueden parecer pura paradoja. ¡Cuánta gente fue seducida en años pasados por la propaganda, llegando a creer de buena fe que la Alemania nazi estaba organizada como un estado «totalitario», es decir, con integración total, movilización total y control rigurosamente centralizado! Si esto hubiera sido verdad, Alemania podría haber ganado la guerra, porque sus ventajas en tiempo, recursos y preparación militar fueron enormes; pero en realidad el totalitarismo alemán fue algo muy distinto de lo que precisaban. Únicamente la política, y no la administración, estaba efectivamente controlada por el centro. Para los nazis la guerra total no significaba, como significó para nosotros (y acaso solo para nosotros), una concentración de todos los esfuerzos en la guerra y una suspensión de todas las actividades industriales no esenciales, pues en Alemania continuó la producción de muchas industrias de lujo innecesarias; significaba, exclusivamente, hacer la guerra por todos los procedimientos y en todos los elementos. En la Alemania nazi ni la producción de guerra, ni la mano de obra, ni la administración, ni el servicio de inteligencia estaban racionalmente centralizados; y la protesta de Ribbentrop en Núremberg de que el espionaje en el exterior no lo dirigía el Ministerio de Asuntos Exteriores es sustancialmente verdad. La estructura de la política y la administración alemanas, en lugar de ser como los nazis proclamaban, «piramidal» y «monolítica», era, en realidad, una confusión de imperios, ejércitos y servicios de inteligencia, todos ellos privados. A fin de cuentas, el absolutismo irresponsable es incompatible con la administración totalitaria, pues la inseguridad de los políticos, el peligro de un cambio arbitrario y el temor a la venganza personal, hacen que cada hombre cuya posición

lo obliga a considerarse fuerte o vulnerable, necesite protegerse contra cualquier sorpresa, reservando para sí y en detrimento de la colectividad la mayor parte del poder que haya logrado conquistar. Así resulta que al final no existe un criterio común. La irresponsabilidad de los gobernantes corre pareja con la irresponsabilidad de los súbditos; el concepto de la comunidad de destino no existe fuera de la propaganda oficial, y los políticos vienen a ser como los señores de una anarquía feudal, en la cual el poder personal de un déspota indiscutido puede hacer ocultar los defectos, pero nunca suprimirlos por completo.

¡Y cuán equivocados estábamos muchos de nosotros con respecto al déspota mismo, a menudo representado como un simple instrumento, pero cuyo poder personal era en realidad tan indiscutible que perduró hasta el fin, que se sobrepuso al caos creado por él mismo, y ocultó su propia naturaleza, y que aun desde la tumba parecía gravitar sobre el ánimo de sus subordinados sentados en el banquillo de Núremberg! Si este absolutismo no hubiera chocado, tropezado, con una fuerza externa, habría sido tonto suponer que pudiera terminar con él ninguna resistencia interior. Nadie puede escapar a la corrupción del poder absoluto. Las inhibiciones, las amonestaciones, las introspecciones que pueden influir en el ejercicio del poder, cuando este se encuentra limitado por la inseguridad o la competencia, desaparecen con tales límites; y en los últimos años de Hitler sería inútil buscar los gestos diplomáticos o las concesiones que marcaron sus primeros pasos y mucho menos las reservas o humildades circunstanciales del *Mein Kampf*.²

Tenemos, además, el nazismo en sí, la religión de la revolución germana, que reforzó e inspiró su temporal, pero espectacular triunfo, y fue un elemento tan importante en su política, como lo fuera el calvinismo en la vida europea de unos siglos atrás. Muchos escritores respetables han examinado con todo detenimiento este vasto sistema de bestialidad y majadería nórdicas, analizando sus componentes,

2. Algunos de los contrastes entre la teoría de Hitler, tal como la expuso en *Mein Kampf*, y la forma en que actuó durante la guerra son señalados más adelante, especialmente en las páginas 107, 108, 111-112 y 119.

descubriendo sus remotos orígenes, explicando su significación y señalando sus errores; pero de todos los trabajos sobre tan disparatado tema, el mejor, el más revelador, el más valioso en mi opinión, no procede de ningún investigador concienzudo ni de cualquiera de las víctimas virtuosas del movimiento, sino (porque el fracaso proporciona con frecuencia una mejor educación política que la habilidad para escribir, o la virtud y entereza con que se soporta el sacrificio) de un nazi decepcionado. Hermann Rauschning, un magnate de la Prusia Oriental, uno de aquellos militares aristocráticos que se unieron al movimiento en los primeros tiempos, esperando utilizarlo en la consecución de sus propios fines, contribuyó al triunfo, se vio defraudado en sus esperanzas de recompensa y contempló la ruina final de su clase en la «purga» de 1944. Más inteligente que sus compañeros, Rauschning se apartó pronto de un movimiento que no podía controlar ni detener y escribió dos libros en los que expuso con terrible sinceridad la verdadera significación del movimiento nazi. No fueron muy puros los motivos que lo impulsaron ni a incorporarse ni a separarse del partido. No era ni demócrata, ni pacifista, ni mártir (si podemos entender y admitir tales condiciones como profesiones); la claridad intelectual con que se expresa no procede del sufrimiento, sino de la desilusión. Pero la verdad es independiente de los estímulos que provocaron su descubrimiento y de las condiciones que han regulado su expresión; por lo tanto, decir que Rauschning no es mejor que cualquiera de los individuos de su clase, no es realizar una crítica inteligente de sus libros. En esos libros ha demostrado, como ningún otro lo ha conseguido, el nihilismo esencial de la filosofía nazi. Este nihilismo, la expresión de la frustración ante el mundo actual, había inspirado el movimiento en sus primeros tiempos; fue oscurecido en los años de poderío y esplendor por otros intereses más positivos, que vivieron parasitariamente sobre él; pero en los últimos días, a los que se refiere este libro, cuando toda esperanza de beneficios personales se había esfumado, cuando todos los rivales fueron eliminados o escaparon, el partido, dueño de un indiscutido poder, ya no tenía nada positivo que ofrecer a sus seguidores y retornó al nihilismo como a su última filosofía. La voz que surgía de entre las ruinas de la ciudad de Berlín en el invierno de 1944 y la primavera

de 1945 era la auténtica voz del nazismo, purgada de todas las desviaciones, libre de sus concesiones, dando la bienvenida a las consecuencias lógicas de su dilema primitivo: dominio mundial o aniquilamiento.

En el invierno de 1944 la alternativa real del dilema había desaparecido, como sabía todo el mundo, excepto algunos fanáticos ciegos. Esa alternativa real se expresaba, en términos generales, como «dominio mundial» o «grandeza histórica»; definida de una manera más concreta y precisa quería decir tan solo una cosa: la conquista de Rusia, el exterminio de los eslavos y la colonización del Este. No era otro el verdadero mensaje que traía el nazismo. Era el fondo mismo del *Mein Kampf*,³ un poco oscurecido por planes en apariencia más vastos, aparece en las conversaciones de que nos informa Rauschning;⁴ y en el último mensaje escrito de Hitler, cuando ya los rusos estaban a las puertas de la cancillería de Berlín, el postrer designio real que esboza ante su pueblo es todavía «la conquista de los territorios del Este».⁵ Esta política de expansión hacia Oriente era la esencia del nazismo; todos los demás designios esbozados —la conquista de Francia o de Inglaterra, por ejemplo— fueron subsecuentes o incidentales, complementarios, en fin de cuentas, del fundamental. La ofensa inferida por Francia a Alemania era su tradicional política de alianzas orientales, la cual le había permitido durante tres siglos intervenir constantemente en la vida alemana. La ofensa de Inglaterra era su persistente negativa a conformarse con una supremacía marítima, y su firme propósito de impedir el dominio de Europa por una sola potencia continental. Pero la ofensa de Rusia era la existencia de Rusia. Como las ofensas eran diferentes, también tenía que ser distinta la respuesta de Alemania a cada una de ellas..., por lo menos hasta que Hitler, envenenado por sus triunfos, abandonó toda diplomacia e inteligencia. Francia tenía que dejar de ser una gran potencia; debía ser reducida a nación de segundo orden, y una vez conseguido

3. *Mein Kampf*, capítulo XIV. Todas las citas del *Mein Kampf* se refieren a la 45.ª edición, publicada en dos volúmenes en 1938.

4. *Hitler Speaks*, capítulo III. (Las arengas de Darré en tiempo de guerra confirman plenamente las afirmaciones de Rauschning.)

5. Véase más adelante, página 250.

esto podría sobrevivir como una Croacia occidental o una Eslovaquia independiente, incapaz de intervenir activamente en la política europea. Inglaterra tendría que contentarse con ser una potencia marítima; no era preciso hacerla descender a nación de segundo orden —Hitler estaba siempre dispuesto a «garantizar el Imperio británico»—, pero no debía volver a intervenir jamás en la política continental. Así la política nazi con respecto al Occidente aseguraría la libertad de Alemania para enfrentarse con el problema fundamental que estaba en el Este. Para Rusia la solución no podía ser tan benévola. Como el crimen de Rusia era su existencia, el castigo tenía que ser su exterminio. La guerra en el Occidente sería una guerra tradicional, una guerra de objetivos diplomáticos y fines limitados, en la cual era posible observar algunos restos de las convenciones internacionales; la guerra del Este era una cruzada, «una guerra de ideologías», en la cual se olvidarían todas las convenciones. Es esencial que recordemos constantemente el básico significado antirruso del nazismo. Todos los conceptos generales de aquel terrible credo ocultan un objetivo antirruso. Racismo quiere decir la supremacía de los germanos sobre los eslavos; «espacio vital» y «geopolítica», la conquista de su territorio; el gobierno de la «raza superior», la esclavitud de las masas supervivientes. Las cruzadas exigen cruzados; y de nuevo es en la significación antirrusa del nazismo donde hallamos explicación al carácter de las SS, los más fanáticos y místicos misioneros del nuevo evangelio. Fueron ellos quienes predicaron el racismo y el «espacio vital» y practicaron el exterminio y la esclavitud de los habitantes de los territorios conquistados; ellos quienes acentuaron el carácter de cruzada de la guerra, organizando millares de extranjeros en legiones antirrusas; ellos llevaron el misticismo nórdico a extremos que el propio Hitler ridiculizaba; y ellos quienes, al final, pretendieron llevar adelante la cruzada del Este, incluso pagando un precio que Hitler rechazaba: la rendición en el Oeste. No fue Hitler, sino Himmler, el sumo pontífice de las SS, quien expresó el evangelio nórdico en sus formas más ultrajantes; y lo expresó de una manera esencial con respecto a Rusia.⁶ Una clara apreciación de este carácter antirruso del nazismo no

6. Compárense sus alocuciones citadas más adelante en las páginas 82 y 86.

es solo necesaria para la comprensión del nazismo en sí; explica también, en parte, la más significativa oposición a Hitler dentro de Alemania: la oposición del estado mayor general del ejército.

La lucha de Hitler en el estado mayor general del ejército es uno de los aspectos más interesantes de la historia nazi durante la guerra, porque el estado mayor fue la única oposición que Hitler, si bien logró destruir al final, no pudo conquistar por completo en ningún instante. En 1924, cuando Hitler escribió el *Mein Kampf* consideraba al estado mayor alemán como «la organización más admirable que el mundo había conocido»;⁷ pero una vez que conquistó el poder descubrió con disgusto que el estado mayor no se contentaba con ser un poderoso instrumento de su política, sino que tenía una política propia. Igual que había dictado sus condiciones al káiser, aspiraba a dictárselas al Führer. Hitler liquidó las organizaciones obreras de un golpe; aterró a la clase media obligándola a someterse; sedujo a los industriales; no tuvo preocupaciones por parte de las Iglesias, y los comunistas, perdida su independencia, rendidos ante él, le proporcionaron los primeros conversos para engrosar sus filas. Pero el ejército se negaba a dejarse convertir, aterrar o seducir; y como Hitler lo necesitaba no podía pasarlo por alto ni liquidarlo; al contrario, tuvo que aumentarlo. En una ocasión, en 1934, el ejército lo obligó a aplastar el ala radical del partido y proclamar públicamente su disconformidad con la Revolución de la Destrucción.⁸ Incapaz de tomar por asalto este último reducto, Hitler se dispuso a agotarlo y hundirlo. Con dimisiones forzadas y nuevos nombramientos casi lo logró, pero solo en parte. En 1938, en el momento de la crisis de Múnich, el estado mayor general, dirigido por Halder, decidió sustituir aquel gobierno de dementes; pero la inesperada noticia de que Chamberlain había aceptado los dictados de Múnich arrancó de sus manos las

7. *Mein Kampf*, p. 249.

8. En un discurso ante el Reichstag, después de la liquidación de Roehm y sus partidarios el 30 de junio de 1934, Hitler condenó a aquellos que veían en la revolución un fin en sí misma; pero fue una condena táctica, impuesta por el ascendiente temporal que el ejército tenía sobre él.

armas en el momento en que se disponían a utilizarlas.⁹ El éxito de Hitler en Múnich tuvo fatales repercusiones para los jefes del ejército. No contaban con ningún apoyo fuera de sus filas; se representaban únicamente a sí mismos; eran impotentes frente a un dictador capaz de conseguir triunfos tan resonantes y definitivos. Por algún tiempo la oposición del estado mayor general prácticamente desapareció. Además, la política que el gobierno alemán había de seguir durante los tres años siguientes era, en líneas generales, la suya propia.

Los jefes del ejército alemán creían en una política de conquistas limitadas. Deseaban que Alemania fuese una gran potencia, capaz de soportar un ejército eficiente, bien pagado y privilegiado. Tal cosa podía lograrse simplemente con dar la vuelta a los acontecimientos de 1918; en realidad, bastaría con restablecer las condiciones de vida del antiguo imperio. En tanto que Hitler se limitase a ganar para ellos lo que necesitaban, estaban dispuestos a apoyarlo e incluso a pasar por alto algunos de los aspectos menos agradables de su movimiento; pero como hombres prácticos, inteligentes y calculadores, no místicos ni profetas, se oponían a cualquier aventura de fines ilimitados, cuyo desarrollo no pudieran prever por anticipado y controlar sus consecuencias. En especial, se negaban a toda conquista que alterase la estructura social de Alemania y sumergiera su clase privilegiada entre las masas de un nuevo Reich nazi milenario. Por todo esto, eran contrarios a la guerra con Rusia. Rusia era el aliado tradicional de los *junkers* alemanes, cuyos prejuicios, firmemente arraigados en la oficialidad prusiana, dominaban aún el estado mayor general. La revolución bolchevique no alteró esta alianza, porque eran hombres prácticos que se consideraban por encima de las meras concepciones ideológicas; y, en realidad, había sido un convenio con la Rusia bolchevique lo que les había permitido conservar una sombra de ejército en los días oscuros que siguieron a Versalles. El interés de los jefes del ejército alemán se daba por satisfecho con las conquistas de Polonia y Francia; en 1940 hubieran acogido con agrado un alto el fuego que

9. El relato de este complot abortado, revelado primero por Halder y más tarde confirmado por otros generales (Müller-Hildebrandt, por ejemplo), ha sido aceptado como auténtico por las autoridades aliadas.

les permitiera estabilizar las ganancias conseguidas. Desgraciadamente, lo que bastaba para satisfacerlos a ellos no hacía más que dar a Hitler una gran confianza en sí mismo y estimular su apetito. Las fronteras imperiales de Alemania le parecían una ambición demasiado mezquina;¹⁰ lo que era un fin para los militares, no pasaba de ser un medio para él. En junio de 1941, impulsado por el triunfo y envenenado por la propaganda que lo calificaba como «el mayor genio estratégico de todos los tiempos», se lanzó a realizar el objetivo fundamental del movimiento nazi: la colonización del Este.

Con el inicio de la campaña rusa en 1941, volvió la oposición del estado mayor general. Su última manifestación fue el complot del 20 de julio de 1944, pero había cruzado una larga serie de túneles, marchando durante un largo recorrido por debajo de tierra antes de que apareciera en la superficie de aquella manera repentina y espectacular. Al principio, los generales se limitaron a aconsejar y protestar. Una guerra en Rusia iba contra sus intereses políticos, pero sus intereses políticos habían dejado de importar. Se habían lanzado en medio de la parda corriente nazi sin estar seguros de su dirección y ahora se veían arrastrados por el torrente. La lucha iba también contra sus conocimientos estratégicos. Tampoco estos importaban nada ahora, porque frente a ellos se alzaba un hombre que se creía el mayor genio militar de todos los tiempos, y al que molestaban profundamente las sugerencias de los «expertos» que pretendían saber más que él. Que Rusia pudiera resistir a los ejércitos alemanes se le antojaba una creencia ridícula. Afirmaba: «No tenemos más que dar una patada en la puerta y se hundirá toda la casa». Cuando el jefe del estado mayor general presentó las cifras acerca de la producción rusa de tanques, Hitler montó en cólera y ordenó que el departamento técnico que había recopilado cifras tan «derrotistas» fuera suprimido.¹¹ Los mili-

10. *Mein Kampf*, p. 736.

11. Halder, que fue testigo presencial, ha descrito la escena cuando Hitler, «enfurecido, ya no era un ser racional... Echaba espuma por la boca y me amenazaba con los puños. No era posible ninguna discusión razonable». El departamento disuelto era el OKW Wirtschafts und Rüstungsamt, dirigido por el general Thomas. Speer también describe el incidente.

tares tuvieron que inclinarse ante él, como lo había hecho la *bourgeoisie*, como todo el mundo (de acuerdo con la filosofía hitleriana) tendría que inclinarse ante la superioridad de su voluntad. La aventura rusa comenzó. Es cierto que la casa no se derrumbó con la primera patada en la puerta, pero esto no tardó en ser explicado satisfactoriamente. Del mismo modo que Inglaterra aparentaba no haber sido derrotada, así Rusia estaba aparentemente en pie. Con propósitos prácticos, Hitler anunció en octubre de 1941 que la guerra estaba a punto de concluir. «¡Los rusos ya no *existen!*», gritó a los generales que lo ponían en duda.¹² Expresando de una manera más concreta su pensamiento, hubiera dicho que el oso ruso estaba muerto..., pero se negaba a tumbarse. Para demostrar su confianza ordenó la disolución de cuarenta divisiones del ejército, la devolución de suficiente mano de obra a la industria y el cese de la producción de armamentos, sin dar cuenta de ello previamente al ejército. Sin embargo, los generales siguieron dudando. En noviembre de 1941, Hitler tomó personalmente el mando supremo del ejército alemán. Nueve meses después, Halder, jefe del estado mayor del ejército por acuerdo de los más capacitados generales alemanes, el único continuador de la gran tradición militar de Moltke y Schlieffen, fue destituido. Mientras tanto, el OKW, o sea el mando general combinado,¹³ se había convertido en un nuevo directorio político de las fuerzas armadas, y a su frente habían sido colocados los generales más gratos al partido: el rastrero Keitel, que creía en el genio estratégico de Hitler¹⁴ y el laborioso Jodl,

12. Esta frase, según Halder, fue repetida en infinidad de ocasiones por Hitler, y la idea se convirtió en una monomanía para él.

13. El OKW (Oberkommando der Wehrmacht), en sus orígenes un comité coordinador de las tres ramas de las fuerzas armadas, fue gradualmente transformado por Hitler en un instrumento de control político, utilizado esencialmente para imponer su voluntad al OKH o estado mayor del ejército, el reducto más fuerte de la oposición militar. He traducido OKW como mando general combinado, porque esto da una idea más aproximada de sus funciones bajo Hitler que una traducción literal. Keitel era jefe del OKW; Jodl, jefe de OKW Führungsstab (mando de operaciones).

14. Keitel dijo en Núremberg que «todo soldado profesional confirmaría sin vacilaciones que las dotes de mando y estrategia de Hitler causaban admiración.

que lo secundaba. Desde los cuarteles generales del Führer, instalados en profundos refugios subterráneos de Berlín y Rastenburg, la guerra era dirigida de una manera extraña y confusa; el control del partido sobre el ejército era total; y la oposición del estado mayor general seguía su marcha bajo tierra.

La existencia de una oposición seria a Hitler, en el seno del estado mayor general entre 1941 y 1944, ha sido puesta en duda algunas veces. Hitler no cometió jamás el error de menospreciarla. La mayor mortificación para su espíritu era que el único instrumento de que no podía prescindir fuera, secreta pero fundamentalmente, opuesto a su política. Así lo dijo con frecuencia. También declaró en más de una ocasión que en 1941 los generales habían perdido el control de sus nervios, y que solo su voluntad de hierro, su genio estratégico, había salvado a los ejércitos alemanes en el primero y terrible invierno de guerra en Rusia. A veces envidiaba y elogiaba abiertamente el poder, la previsión y la resolución de Stalin que había liquidado su estado mayor por medio de una «purga», sin preocuparse por los riesgos de una guerra próxima. A menudo descargaba su rabia contra sus propios oficiales de alta graduación, a los que llamaba en su cara embusteros y traidores, de forma que el resentimiento, como algunos suponen, los lanzó de lleno a la conspiración. Antipatías personales venían a aumentar su odio por toda la clase. Sin embargo, por mucha seguridad que tuviera en su genio estratégico, por halagador que fuera el eco que sus palabras encontraban entre quienes lo rodeaban, no lograba convencerse nunca de que todo el mundo lo aceptara y recono-

Muchas noches de guerra las pasábamos en su cuartel general estudiando los tratados militares de Moltke, Schlieffen y Clausewitz, y su asombroso conocimiento no solo de los ejércitos, sino de las armadas del mundo entero, denotaban su genio». Lejos de ser el jefe del OKW (es decir, Keitel), quien aconsejaba a Hitler, era este quien le aconsejaba a él (declaración del 5 de abril de 1946). Es cierto que Hitler tenía una asombrosa memoria para todos los detalles de tipo militar, pero es difícil sostener que esto constituya verdadero genio estratégico. Un juicio mucho más exacto es el de Halder, que afirma que Hitler mostraba una extraordinaria comprensión para los detalles técnicos y una gran capacidad para las generalizaciones, pero que casi todas las decisiones de la estrategia han de asentarse en la zona intermedia entre ambas categorías, y en este punto Hitler fallaba.

ciera así. Procuraba estar siempre atento para descubrir el menor asomo de burla; según declaraciones de Keitel, si alguien de su corte deseaba arruinar la carrera de cualquier militar, bastaba con decir en el momento adecuado que su víctima propiciatoria se había referido a Hitler llamándolo «el cabo». No obstante, aunque esta oposición al curso seguido por la guerra existía desde 1941, y aunque sus jefes estuvieron planeando el asesinato de Hitler a partir del mes de enero de 1942, no era posible, teniendo en cuenta la falta de representación de esos dirigentes, traducir sus deseos en actos hasta que el mito de la omnipotencia de Hitler se tambalease a impulsos de la derrota. En 1944 se dieron estas condiciones; pero en 1941 el partido aparecía más triunfante que en ningún otro momento anterior.

Si 1941 marca el triunfo del partido sobre el ejército, también marca un cambio apreciable dentro de la gobernación del país: la transformación del gobierno en una corte. El poder absoluto trae inevitablemente una corrupción general, y después de los triunfos de 1940 fue fácil advertir claros síntomas de descomposición en el carácter de todos los dirigentes nazis. Hubo, asimismo, grandes cambios del personal. El predominio de Hitler dentro del partido continuó, es cierto, sin experimentar la menor disminución hasta el fin; incluso en los últimos días, cuando se había desvanecido toda esperanza de premio o recompensa, cuando estaba en ruinas toda la maquinaria coercitiva que obligase a cumplir sus determinaciones, cuando había desaparecido toda ilusión de triunfo y todo sueño de gloria, aquel carácter demoníaco por su propia personalidad, y acaso también por la fuerza de la costumbre, reinaba sin discusión sobre sus seguidores. Pero si Hitler moría, ¿quién podría conquistar su puesto entre los aduladores que lo rodeaban? El más inteligente y menos corrompido miembro de aquella corte, es decir Speer, dice: «Las relaciones entre los diversos jefes supremos puede ser comprendida tan solo si interpretamos sus aspiraciones como una lucha por la sucesión de Adolf Hitler. La guerra de los Diadocos¹⁵ se preparaba activamente entre bastidores». Al principio de la sucesión se le otorgó, por un decreto de 1 de sep-

15. La guerra de los Diadocos fue la lucha entre los sucesores de Alejandro Magno.

tiembre de 1939, a Goering, quien, aunque políticamente cobarde, era considerado todavía como un hombre capaz y un funcionario importante —no se olvidaba que era el creador de la Luftwaffe, el iniciador del plan de cuatro años, jefe de la Hermann Goering Werke, inspirador de la Gestapo y de los campos de concentración—, un tipo resuelto que había asumido responsabilidades o derramado sangre en los momentos en que incluso Hitler vacilaba. Según el mismo decreto, después de Goering venía Rudolf Hess en la lista de los sucesores; Hess, hombre ingenuo, un poco chiflado, poco firme en sus determinaciones y absurdo en sus creencias. Pero en 1941 Hess había emprendido su vuelo a Escocia con su inconcebible misión, y el problema de la sucesión tenía que ser examinado de nuevo.

Albert Speer, que se encontraba en el chalet de Hitler en Obersalzberg en la fecha de la huida en avión de Hess, ha descrito cómo recibió el Führer la noticia del extravagante gesto de su subordinado. Dos de los ayudantes de Hess se presentaron en el chalet, anunciando que tenían una carta personal de Hess para Hitler. Uno de ellos penetró en su habitación, entregándole la carta. Desde el pasillo, Speer oyó la voz del Führer dando órdenes; Martin Bormann, infatigable acompañante de Hess, que ya empezaba a hacer sombra a su jefe inmediato, recibió orden de ponerse en comunicación telefónica con los sátrapas de la corte —Goebbels, Ribbentrop, Goering y Himmler—, quienes habían de presentarse inmediatamente. Luego Hitler llamó a Udet, el as de la Luftwaffe, y le preguntó si Hess tenía posibilidades de llegar a Escocia volando en un biplano, solo, y sin ninguna ayuda. La réplica del piloto de la Luftwaffe fue una negativa rotunda; según los técnicos, Hess caería al mar mucho antes de llegar a su punto de destino. Animado por esta afirmación, hubo quien abogó por que fuese ocultado todo el asunto: Hess perecería, y nadie tenía por qué saberlo. Pero Hitler no estaba muy convencido. Despreciaba la opinión de los expertos, acaso porque conocía la habilidad de Hess como piloto; incluso en ocasiones lo había reprendido por su afición a tan peligroso deporte.¹⁶ Antes de que los ingleses dieran la

16. Una anécdota contada por Rauschning tiene cierta dramática ironía. Hess acababa de triunfar en una competición aérea, y Hitler exclamó: «Debe aban-

noticia y procurasen explotar el valor propagandístico del incidente, Hitler redactó un comunicado. Los dos ayudantes de Hess fueron detenidos, y en 1945 continuaban en la cárcel, aunque, como observa el cáustico Speer, «la costumbre de castigar a los portadores de malas noticias únicamente se conocía hasta entonces en determinados países asiáticos».

Cuando Hess voló a Escocia, comenzaba a ser ya una figura borrosa en el entorno del Führer, en el cual iba siendo sustituido gradualmente por el tenaz Bormann. Este hombre-topo, que parecía rehuir la luz del día y la publicidad,¹⁷ y que despreciaba los honores y las distinciones, era insaciable en su apetito por el poder efectivo; por su constante presencia llegó a hacerse indispensable a Hitler; con sus hábiles insinuaciones logró triunfar en el último momento, apartando a todos sus rivales del trono de su señor. Al principio, aunque consejero privado y administrador financiero de Hitler, era nominalmente dependiente de Hess; pero su trabajo le sirvió para introducirse en el círculo personal del Führer. Encargado de la construcción del chalet de Hitler en el Berghof y de la compra de cuadros para sus colecciones, pronto se situó entre los favoritos de la corte y no perdió tiempo en desembarazarse de sus antiguos aliados. Hitler, convencido de que había encontrado un hombre trabajador e inteligente, no pareció advertir, o por lo menos nunca criticó, la desmesurada ambición que impulsaba a su silencioso secretario, que por su parte procuraba disimularla cuanto le era posible. En 1941, Bormann, que ya ocupaba el puesto de secretario personal del Führer, casi había reemplazado a Hess dentro del círculo íntimo. Estaba allí de una manera permanente, en tanto que Hess aparecía cada vez con menos frecuencia.

Cuando se produjo la huida en avión de Hess, Bormann fue candidato al cargo que quedaba vacante como jefe de la cancillería del partido. Goering, viendo en él un rival peligroso y a quien detestaba personalmente, aconsejó a Hitler en su contra, pero sin resultado. Quince días más tarde, al abrir su periódico matutino, vio que Bor-

donar estas cosas en el futuro. Tiene otras tareas más importantes que hacer» (*Hitler Speaks*, p. 18).

17. Son muy raras las fotografías de Bormann.

mann había sido designado para ocupar el puesto que abandonó Hess. Pero todavía no podía aspirar al más relevante de sus cargos, al de ser el segundo en la lista de los posibles sucesores de Hitler. Un decreto de 29 de junio de 1941 citaba como heredero exclusivamente a Goering. Desde aquel instante Goering se convirtió en el mayor enemigo de Bormann, su próxima posible víctima en la política bizantina de Berlín, Berchtesgaden y los cuarteles generales móviles del Führer.

Sin embargo, aunque Goering aparentaba ocupar todavía la primera posición después de Hitler en el Estado nacionalsocialista, la realidad tenía pocos puntos de contacto con su expresión oficial. Desde 1941 en adelante, la corrupción del poder y las fastuosidades propias del arribista empezaron a oscurecer, y más tarde a borrar por completo, la un tiempo poderosa inteligencia de aquel formidable carácter, hasta que al final era considerado por todos como un hombre entregado a la voluptuosidad, como un perfumado Nerón tocando la cítara mientras Roma ardía. En 1941 Goering había logrado todo aquello con que pudiera soñar. Era gran visir, mariscal del Reich, enormemente rico y satisfecho por completo. La guerra, afirmaba, estaba ganada; no eran necesarios nuevos esfuerzos. Goering comenzó a sentirse a gusto rodeado de un coro de aduladores y descuidó sus tareas. La Luftwaffe fracasó, aparecieron los bombarderos enemigos, la industria alemana se hundió, pero Goering solo aparecía raramente por Berlín. Estaba en Karinhall, su inmenso palacio campestre del Schorfheide, ataviado (según afirma un testigo presencial) tan pronto como un marajá oriental, como con un deslumbrante uniforme azul llevando en la mano un bastón de oro puro y marfil con incrustaciones de pedrería, o vestido de seda blanca, igual que un Dux veneciano, adornado con joyas, portando en la cabeza las astas simbólicas del ciervo de san Huberto, y una cruz esvástica de relucientes perlas entre la punta de los cuernos. Allí, en medio de escenas de lujo romano, celebraba fiestas y cacerías, organizaba reuniones y enseñaba a sus distinguidos invitados las maravillas arquitectónicas y artísticas de su morada: un despacho inmenso como la mitad de una iglesia, una biblioteca semejante a la del Vaticano, con una mesa de ocho metros de largo, toda de caoba, con incrustaciones de esvásticas en

bronce, sobre la que lucían dos grandes candelabros barrocos de oro, una escribanía de ónice, y una larga regla de marfil adornada con piedras preciosas. Mientras, sus secuaces llegaban continuamente procedentes de París y Roma, de Atenas y Kiev, e incluso de los museos alemanes, trayendo su tributo de joyas y estatuas, pinturas de los viejos maestros y *objets d'art*, tapices de los Gobelinos, retablos, trabajos delicados de los plateros de Augsburgo y toda clase de obras sacadas de los museos y los viejos palacios de las más antiguas y famosas ciudades del mundo.

Allí, por el momento, hemos de dejar a Goering, pues cualquiera que haya sido la *pose* que fuera capaz de adoptar en Núremberg, la realidad es que al final de la guerra era una figura completamente desacreditada como quedará evidenciado en el transcurso de este relato. Había aceptado las palabras de Hitler como verdades indiscutibles y se conducía como si la guerra estuviera ganada, aunque distaba mucho de estarlo. El oso ruso se negaba obstinadamente a tumbarse; los británicos se resistían a admitir su derrota, y pronto fue preciso, además, tener en cuenta a los norteamericanos. Crecían por doquier las dudas acerca de la estrategia sonámbula del Führer; ante las derrotas del Este, los bombardeos del Oeste y la perplejidad mental de todos, la breve unión del partido, el ejército y el pueblo comenzó a descomponerse; otras figuras se colocaron en lugares más destacados que el mariscal del Reich, capaz de darse por satisfecho demasiado pronto. Para resolver las dudas mentales, para combatir los rumores herejías, la voz del profeta Goebbels se alzó una vez más, después de un prolongado silencio, porque en tiempos de victoria los profetas son una distracción innecesaria. Para impedir que las herejías se tradujesen en complots y conspiraciones, el poder de Himmler inició aquel rápido crecimiento que le dio la apariencia en los últimos momentos de colocarlo por encima incluso de la autoridad de Hitler.

Joseph Goebbels era el intelectual del partido nazi; quizá su único intelectual. A diferencia de la mayoría de los jefes del partido, que procedían con monótona uniformidad de Sajonia, Baviera y Austria, era un alemán de Occidente, de la Renania latina; y fue esta agilidad latina de su cerebro y la habilidad poco germánica para argumentar, los dones que hicieron de él un predicador mucho más eficaz que to-

dos los ceñudos nacionalistas del sur. Por naturaleza, Goebbels era un hombre práctico, con un carácter inquieto y radical que buscaba resultados inmediatos y totales. Era tan capaz de ver la realidad como de despreciarla, por tanto podía servirse de ella. Y dado que las ideas siempre eran para él moneda corriente, y no artículos de valor, en todo momento podía probar lo que le interesaba.

Así Goebbels persuadía a los alemanes de que sus derrotas eran victorias, de que el enemigo era solo superior en apariencia y de que las nuevas armas serían capaces por sí solas de resolver todos los problemas; hasta que al fin, frente a la contundencia de los hechos, su propaganda se hizo ridícula y dejó de producir efecto. Speer observaba: «A menudo tuve ocasión de advertir que el estilo de Goebbels era “latino”, no “germánico”. Sus principios propagandísticos eran también esencialmente latinos. Hubiera sido mucho mejor, por ejemplo, que Goebbels diera a su pueblo la misma consigna que Churchill dio al suyo: “sangre, sudor y lágrimas”. Esta era una consigna dura, pero honrada, que habría aceptado de buen grado el pueblo alemán. Pero Goebbels siempre procuró levantar falsas esperanzas entre las gentes, lo cual acabó por abrir un abismo entre sus afirmaciones y el sentir popular.» En realidad, la posición de Goebbels no dependía exclusivamente de su propaganda. Era respetado por su inteligencia, su eficacia administrativa y su aparente integridad personal; ni creía en palpables majaderías, ni realizaba bufonadas ridículas, ni exhibía una opulencia indecente; no manejaba instrumentos de terror u opresión; además, era un radical que no solo predicaba la guerra total, sino también la total movilización, con la cual no podían estar conformes aquellos que, como Goering, tanto apreciaban su nivel de vida privilegiado. No obstante, la propaganda se sigue considerando su éxito definitivo, lo que le proporcionó derecho a la fama. Y, cualquiera que sea la opinión que la historia tenga de Goebbels, será preciso reconocer que prestó una eficaz contribución a la ciencia de los políticos; una terrible, pero positiva contribución que, como la bomba atómica, podrá ser condenada, pero no ignorada. Goebbels creó un sistema de propaganda, irónicamente titulado «de ilustración pública», con el cual lograba hacer creer a la gente que lo negro era blanco. Desde luego, ni Hess ni Bormann ni Goering podrían presentar méritos semejantes a los suyos.